

Cézanne: mito y leyenda

Carlos d'Ors Führer

Paul Cézanne es, posiblemente, más que Picasso, o, en todo caso, antes que Picasso, el «gran revolucionario» de la pintura contemporánea. Paradójico es este hecho en un hombre tan tímido, solitario e incomprendido que pintaba desde su recóndito retiro de Aix-en-Provence.

Cézanne, sin embargo, preside, como «padre» de la pintura, todo un siglo de renovación de las artes. Este maestro fue, como dijo acertadamente Eugenio d'Ors, en 1906, un aprendiz toda su vida. Y desde su posición de aprendiz, como no podía ser de otra manera en todo «APRENDIZ» con mayúsculas, un maestro, un reformador atrevido, un «doctor de visión», un clásico (allí donde todo eran panteísmos románticos e impresionísticos).

Y además ha sido tal vez el más grande artista de la pintura moderna por la sinceridad y honradez de su obra, que le ha elevado a la superioridad de una gloria indiscutible. Suprema lección de un hombre que luchó denodadamente por la purificación y perfección de la pintura y por el cumplimiento de una nítida y temprana vocación por la pintura que, desde muy niño, tenía muy clara: «Yo no quiero vivir bien, lo que yo quiero es pintar», le decía a su padre.

Desde su juventud se presentó a la ciudadanía de París una versión de retrato de Paul Cézanne a través de la chismografía de la capital francesa, que creará la leyenda de un Cézanne neurótico y débil, extravagante y loco, revolucionario y clandestino, vagabundo y misántropo: la imagen de «pintor maldito», aunque fuese, no obstante, un hombre generoso y bueno, admirado por otros artistas y marchantes.

La versión de esta leyenda de «pintor maldito», fácil de crear dadas las singularidades de carácter de nuestro pintor, se extiende desde 1895 hasta el año de su muerte, en 1906. En este año, ya la nueva versión del hombre y del artista estaba madura y circulaba de boca en boca por los ambientes artísticos parisinos. El mito estaba creado. Los rasgos de este mito eran la imagen de un bárbaro, ingenuo, violento e incivil,

anarquista y revolucionario, grosero y desastrado, extraño y misterioso, perverso y blasfematorio personaje que, en sus cuadros, rompía con las más elementales leyes de la lógica y del mundo.

Ahí radicaba el interés y la gloria de su obra, obra que suscitó no obstante, la admiración de otros colegas pintores, como Renoir, y la de algunos vendedores, marchantes y coleccionistas, como Tanguy, Vollard, Gachet y Chocquet.

Se anotaba también en los círculos artísticos un paralelismo con *El Greco*, por el espiritualismo exacerbado de ambos, «cual dos celebrantes de misas negras en las criptas oscuras del arte».

En el París tan poco escrupuloso, tan avanzado y bohemio, tan pícaro y atrevido, los desnudos de Cézanne —no alcanzamos a comprenderlo— producen escándalo. Cuando la exposición Chez Vollard de la rue Lafitte, una *Leda con el cisne*, unos *Bañistas hombres* y otros cuadros de desnudos al ser colocados por el marchante Vollard en la vitrina del establecimiento, tuvieron que ser retirados inmediatamente de la misma por la lluvia de protestas que arreciaba.

En el *Journal des Artistes* se leía lo siguiente: «La visión de pesadilla de estas atrocidades al óleo sobrepasa la medida de las fumisterías, hoy legalmente autorizadas... Aún los más valientes entre los más valientes de nuestros lectores, ¿podrán sin náusea pasar ante el número 39 de la rue Lafitte?» Para ciertas damas remilgadas de aquel entonces, Cézanne y Zola eran, el uno, como pintor, y el otro, como escritor, dos «artistas del estiércol».

Para completar los rasgos de este mito, de esta leyenda Cézanne, éste aparece como un torpe e inmediatamente, como un enfermo: un loco neurótico que se esconde y que padece delirio de persecución. Cézanne está loco y por eso no vende sus cuadros y por eso no logra ser admitido en el «Salón». Pero es él mismo y su enfermedad quienes le han aislado. Corre la murmuración, como en el caso del «astigmatismo» de *El Greco*, de que sus retinas están enfermas, de que una deformación, una enfermedad de la visión aqueja al pintor. Atribución que explica la singularidad de forma en sus obras, especialmente de sus figuras que al sentido vulgar del tiempo parecían ineptas monstruosidades. Esta pueril atribución de la enfermedad en la visión no se explica más que, como suele suceder siempre, por una manifiesta incapacidad de una crítica mínimamente exigente y entendida.

Reconozcamos, no obstante, que esta leyenda suscitó la curiosidad por el artista y propició las ventajas de una romántica estima.

En todos ha influido Cézanne: en su estilo, con su ejemplo, en la renovación de la técnica, en «abrir puertas y ventanas» a los artistas de hoy. Las exposiciones que actualmente frecuentamos están plagadas de rastros, de huellas de su lección y muestran palmariamente la influencia de sus métodos, de sus formas compositivas, de las «imágenes familiares» del gran artista.

La obra de Cézanne rehabilitó la naturaleza muerta de objetos corrientes y sumarios a lo Chardin; el retrato antirromántico, estatuario casi, antidramático y antipsicológico en su pasiva e impasible objetividad; el paisaje construido, equilibrado, seccionado en planos y estructural, a lo Poussin; la preocupación geométrica de reducir la naturaleza al juego formal de cilindros y conos que generó el cubismo; el modelado por tonos que sustituyó al modelado mediante sombras; la supresión de la línea del dibujo por la mancha del color.

Pero su lección pictórica es una brillante reacción a los efectismos lumínicos del impresionismo, reduciendo la pintura a criterios pura y exclusivamente pictóricos y dejando a un lado lo conceptual y, fundamentalmente, lo literario. Aspectos estos que, como sabemos, se han hecho tópicos en la pintura contemporánea, pero que derivan y provienen directamente del magisterio y enseñanza del maestro de Aix-en-Provence, «el pintor de la Montaña de Sainte Victoire» que no dejó nunca de ser un aprendiz y cumplir diariamente con su vocación: «Mis ojos están tan pegados al punto que miro —se dice para sí mismo— que me parece que van a empezar a sangrarme. Y mientras pinta, piensa que un artista debe hacer su obra «como un almendro hace sus flores o como un caracol hace su baba».

Maestro y precursor ha sido Cézanne para todos los pintores que hoy luchan contra las frivolidades de los medios de comunicación, las modas pasajeras y las plataformas de *marketing* de unas obras lanzadas como productos de una publicidad interesada.

